

Cuando despertó, *el dinosaurio* todavía estaba allí. Podía sentir el susurro casi inaudible de su respiración, que desaparecía entre el silencio y la penumbra de aquella cueva. Buscó a tientas las cerillas que yacían desparramadas por el suelo, junto con el resto de material bélico hasta que sus dedos tropezaron con ellas. Con un preciso movimiento, encendió la lámpara de gas que descansaba al lado de su saco y descubrió, sacudida por un escalofrío, los enormes ojos de la criatura clavados en ella. Su rostro estaba demacrado y sucio, sus ojos enrojecidos y húmedos. Se incorporó con cuidado, dejando al descubierto su uniforme militar surcado por unas profundas arrugas. Después se acercó a una de las mochilas y comenzó a hurgar en su interior con avidez.

—Seguro que tienes hambre —le dijo, ofreciéndole un bocadillo.

Él negó con la cabeza. La mujer comenzó a desenvolver la comida cuando sus miradas se encontraron. Los enormes ojos azules de él, los rasgados ojos verdes de ella. Todos los sentimientos que se agolpaban en su corazón el día anterior regresaron y, cual olas embravecidas, la invadieron de nuevo, dejándola a merced de los recuerdos. Se vió a sí misma con el fusil sobre el hombro, camuflada entre las altas hierbas del norte de Francia, cuando cayó en la cuenta de quién era el agente infiltrado que debía eliminar. En una excursión del colegio, con su pequeña mochila sobre los hombros, nadie sospecharía *del dinosaurio*. Era el disfraz perfecto para un agente encubierto. Así que cuando recibió la orden de disparar, ella ya sabía que no podría hacerlo.

Todo aquello recordaba la mujer, descansando sobre su saco y sosteniendo un bocadillo entre las manos.

—¿Cómo es que acabaste en manos de los nazis? —le preguntó entre bocado y bocado. El niño desvió la mirada, avergonzado. Ella le explicó que el día anterior podría haber hecho mucho daño a sus compañeros si entregaba el mensaje que le habían encargado.

—Ellos dijeron que cuidarían de mí —murmuró con un hilo de voz. Ella permaneció en silencio, animándole a continuar con un suave gesto—. A mis padres los asesinaron en Polonia, yo conseguí huir. Apenas tenía para comer y hacía mucho frío. Poco después encontré a un grupo de alemanes que se ofrecieron a protegerme si trabajaba para ellos. Al principio iba a recoger leña y lavar sus uniformes, pero luego me encargaron tareas más complicadas, como llevar mensajes y cartas secretas por las aldeas del norte de Francia. Yo...nunca supe lo que decían, los mensajes estaban encriptados —terminó el niño con un sollozo.

La mujer lo miró con ternura, comprendiendo el dolor que cargaba aquel pequeño ser, que se acurrucaba contra la húmeda pared de la cueva. La criatura se enjugó las lágrimas antes de que su mirada trepase por el uniforme de la soldado.

—¿Tú formas parte de la armada británica?

Ella rozó el escudo de su uniforme con la yema de los dedos y asintió. Un velo de terror había cubierto los ojos del niño cuando le pregunto que, si era así, por qué no le había matado todavía. La mujer dejó a un lado su bocadillo y entrelazó sus dedos con delicadeza, brindándole un poco de calor y seguridad.

—No tienes por qué tener miedo. Ahora estás a salvo conmigo— le aseguró con dulzura.

El niño la miró asombrado, y por un momento, el peso de su situación pareció aliviarse en compañía de la mujer. Ambos se quedaron en silencio por un instante, compartiendo un momento de paz en medio del caos que los rodeaba.

Cuando el sol descendió y cayeron las tinieblas, la mujer anunció que había llegado la hora de partir.

—¿A dónde vamos? —quiso saber el niño con una leve expresión de temor todavía presente en su rostro. Mientras recogía todo el material, la mujer le explicó que se dirigían a una granja. Los dueños eran unos antiguos amigos y ellos podrían hacerse cargo de él hasta que la situación mejorase. El pequeño no opuso resistencia y juntos se deslizaron por una abertura hasta llegar a un estrecho pasadizo, camino del exterior.

El crujido de las hojas secas bajo sus pies rompía el inquietante silencio que reinaba en el bosque. Los inmensos y sombríos árboles retorcían sus ramas creando formas siniestras, y se erguían hacia la inmensidad del cielo nocturno, salpicado por jirones de nubes tras los que acechaba la luna llena.

La soldado le había susurrado al niño que caminase con sigilo junto a ella, advirtiéndole que cualquier ruido podría alertar a las patrullas alemanas que rondaban por la zona. Él había asentido con preocupación y, aferrado a la mano de la mujer, habían dejado atrás la cueva. La soldado le había hablado sobre la importancia de mantenerse fuerte y valiente, y le explicó que aunque estuviesen atravesando una situación difícil, debía mantener encendida una pequeña llama de esperanza en su interior. Las cosas mejorarían, estaba segura. Aniol, que así le había dicho que se llamaba, la miraba con atención, como si quisiera creer sus palabras.

Después de lo que se les antojó una eternidad, el paisaje comenzó a cambiar. El oscuro bosque y sus sombras habían quedado atrás y, ante ellos, se extendía una zona de campos abiertos y colinas suaves.

El niño todavía se aferraba a la mano de la mujer cuando descubrieron las luces de una pequeña construcción titilar a lo lejos. La mujer reconoció el lugar, se trataba de la granja

de sus amigos. Aceleraron el paso y pronto se encontraron recorriendo un ancho sendero de tierra que desembocaba en el hogar, una pequeña construcción de piedra con tejas rojas y un granero anexo. El corazón de la mujer se aceleró al ver que la puerta de la casa estaba entreabierta, dejando escapar un tibio haz de luz. La soldado preguntó si había alguien en casa y al no recibir respuesta, empujó la puerta extrañada. Al otro lado, un alto hombre de mirada penetrante y gélida los apuntaba con su pistola. Tras él, una pareja de ancianos se aferran el uno al otro mientras observaban la escena aterrorizados. Una siniestra sonrisa se desplegó sobre el rostro del hombre al ver al pequeño asomando la cabeza tras la soldado, que se había quedado petrificada en el umbral. En un instante, ella desenfundó su arma y la sostuvo con firmeza, apuntando al hombre de semblante frío y altivo que se erguía ante ella.

—Pero fíjate a quién tenemos aquí —se jactó el hombre—. Sabía que eras una traidora desde el primer momento que te vi —añadió con una mueca de desprecio.

La soldado le devolvió el gesto a su general, un odio amargo y profundo bullendo en su pecho.

—Te voy a decir lo que vamos a hacer, Elizabeth —prosiguió el soldado—. Ya que no te deshiciste *del dinosaurio* cuando te lo pedí...te voy a dar una segunda oportunidad para acabar tu misión y ya sabes que esto no es algo propio de mí. Si te niegas, tú serás la primera, *el dinosaurio* el segundo y por último, estos dos adorables amigos tuyos.

—Por el amor de Dios, Harrison —suspiró la mujer al borde de la desesperación—. ¡Tan solo es un niño!

—¡Eso no justifica que esté trabajando para Hitler! —vociferó el oficial con una furia incontenible.

—¡Estás perdiendo la cordura! —exclamó también la oficial—. Aniol no ha matado a nadie, ¡ni siquiera sabe empuñar un arma!

El niño, cuyos ojos estaban cubiertos por un velo salado y cristalino, comenzó a derramar sus lágrimas.

—No hace falta saber empuñar un arma para matar a alguien...¡El crío ha matado a muchas personas transmitiendo sus mensajes!

—¡Él ni siquiera sabía lo que ponía en esas misivas!

—¡Ya basta!- rugió el hombre—. O él, o todos. Tú decides Elizabeth— le exigió el oficial con impaciente fulgor en su mirada.

Elizabeth comenzó a temblar, de la rabia, de la impotencia pero sobre todo de la indecisión. Alternaba la mirada entre el pequeño y los ancianos. Inspiró aire muy despacio y pareció tomar una decisión. Se agachó frente al pequeño y le revolvió el pelo con cariño.

—¿Recuerdas lo que te dije antes?— preguntó.

El niño, con las lágrimas aún surcando sus pálidas mejillas, asintió tembloroso.

—Ahora mismo estamos en una situación complicada y tengo que intentar salvar a todas las personas que pueda, incluida a mí misma.

El niño rompió en sollozos de nuevo cuando entendió lo que la mujer quería decir. Con una sonrisa triste, ella limpió su rostro, intentando consolarlo.

—No llores cielo, me prometiste que serías valiente, ¿recuerdas? —susurró la mujer con dulzura, acariciando suavemente el cabello del niño.

—Lo siento mucho Aniol —le dijo la mujer con tristeza, mientras le apuntaba con el arma.

El niño, sacudido por un amargo miedo, se cubrió la cara con las manos y cerró los ojos con fuerza. El silencio de la casa se vió rasgado por el silbido de una bala y los ensordecedores gritos de los granjeros. Cuando el pequeño consiguió abrir los ojos con lentitud su mirada trepó hasta llegar a Elizabeth, quien se disculpaba repetidamente con los ancianos por haber provocado aquel destrozo en su salón. En ese instante, la soldado se volvió hacia Aniol y sus miradas se encontraron antes de que ella corriera hacia él, arrodillándose a su lado.

—Lo siento mucho Aniol, no quería que presenciases la escena, pero no sabía como sacarte a salvo de la casa. ¿Estás bien, verdad? —le preguntó con preocupación.

El niño, que la miraba con sus enormes ojos azules, buscó refugio entre sus brazos, sintiéndose, después de mucho tiempo, a salvo.